

Aproximación a los comportamientos sexuales y de riesgo en la adolescencia.

Javier Gómez Zapiain

Prof. Titular

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Referencia publicación:

Gómez-Zapiain, J. (2005). Aproximación a los comportamientos sexuales y de riesgo en la adolescencia. En A. S. Rathus, J. S. Nevid y L. Fichner-Rathus (Eds.), *Sexualidad Humana* (pp. 289-292). Madrid: Pearson-Prentice Hall.

La adolescencia es una etapa de tránsito entre la infancia y la adultez en la que se producen cambios muy relevantes. Desde el punto de vista de la sexualidad humana destacaremos tres especialmente importantes: La redefinición de la identidad sexual y de género, la aparición del deseo sexual en su versión adulta y la reorganización de los vínculos afectivos. Los cambios biológicos que se producen a partir de la pubertad, modifican la morfología corporal y reestructuran el sistema neuroendocrino. Ello da lugar, junto al resto de los cambios evolutivos, a la redefinición de la identidad de género y a la aparición del erotismo puberal (Money y Ehrhardt, 1982). El deseo sexual, como expresión del mismo, es una experiencia emocional subjetiva (Gómez Zapiain, 1997; Levine, 1988) que la persona adolescente tendrá que integrar en el conjunto de su identidad. El deseo sexual, en tanto que emoción, genera una tendencia de acción (Frijda, 1994) que se expresará en comportamientos sexuales autoeróticos o compartidos, propios de la edad. Como vemos, el comportamiento sexual es la expresión última de la organización psicosexual que no se puede comprender sin tener en cuenta los elementos que lo motivan. Llegado el momento de compartir las experiencias eróticas, éstas están mediatizadas por el estilo de apego que, como se sabe, regula las relaciones interpersonales e interviene en la experiencia de la intimidad (Bartholomew, 1997; López, 1999; Ortíz, Gómez-Zapiain, y Apodaka, 2002).

Es necesario contemplar el comportamiento sexual de las personas adolescentes en el conjunto de su desarrollo personal y como expresión de su momento biográfico en el que inciden los factores señalados. Considerando lo hasta aquí dicho, perfilaremos la conducta sexual de los adolescentes en nuestro contexto sociocultural con el fin de valorar los comportamientos de riesgo y sus efectos. Como resultado de la organización del deseo sexual, su satisfacción se alcanza, en primera instancia, a través del autoerotismo y la masturbación. Este comportamiento está presente en todas las edades, pero es particularmente relevante en la adolescencia. Numerosos estudios informan de que la masturbación se produce con mayor frecuencia en los chicos que en las chicas. En el informe sobre las actitudes sexuales de los jóvenes asturianos, sobre una muestra de 1.048 adolescentes comprendidos entre 15 y 21 años, encontraron que el 98,4% de los chicos se masturban frente a un 73,8% de las chicas (Fernández del Valle, Bravo Arteaga, García Ruíz, y Uría Urraza, 2003). En nuestros datos, aún no publicados, sobre una muestra de 300 adolescentes vascos entre 16 y 20 años, encontramos que el 99% de los chicos, frente a un 53% de las chicas, se masturban. La diferencia de frecuencia entre las mujeres puede estribar en que el porcentaje de “no sabe, no contesta” entre las asturianas fue bastante elevado (22.4%).

Clasificaremos el comportamiento sexual compartido en tres etapas, según versión reducida de la propuesta, ya clásica, realizada por Schofield (1965): 1) Nivel bajo de experiencia sexual: besos y caricias. 2) Nivel medio de experiencia sexual: Intimidades sexuales próximas al coito pero sin llegar a él. 3) Nivel alto de experiencia sexual: Experiencia de coito con una o más personas a lo largo de la biografía. No resulta fácil estimar la proporción de adolescentes en cada una de estas etapas. Los estudios realizados en España no siempre son equiparables por las características y limitaciones de los muestreos y por la disparidad de los instrumentos de recogida de datos. Sin duda los más representativos son los ofrecidos por el "Informe de la Juventud de España" en función de la amplitud del muestreo empleado (n=6.492). Sin embargo, la información ofrecida respecto al comportamiento sexual de los jóvenes y adolescentes es limitada, ya que se trata de un estudio general acerca de la juventud donde la sexualidad es tan sólo uno de los muchos aspectos estudiados. En cualquier caso intentaremos perfilar los comportamientos sexuales compartidos de los adolescentes.

La mayor parte de los estudios informan de que el inicio de los primeros contactos eróticos se produce en edades tempranas. En esta línea Malo de Molina (1992) indicó que entre las personas de su muestra, que en el año 1986 tenían entre 14 y 29 años, la media de edad de las primeras experiencias no coitales estaba en 13,4 años para los hombres y 14,4 años para las mujeres. Estos datos son similares a los aportados por otros estudios posteriores (García Blanco, 1994; A. Oliva, Serra, y Vallejo, 1993). Nuestros propios datos, aún sin publicar, sobre una muestra de adolescentes vascos entre 16 y 20 años, indican que la edad media del primer nivel (besos) es de 14,29 años, la media del segundo nivel (intimidades próximas al coito) es de 16,2 años y la del tercer nivel (coito) se establece en 17,24 años para ambos sexos.

Analizaremos continuación el comportamiento de los adolescentes que se sitúan en el tercer nivel, es decir, aquellos que poseen un alto grado de experiencia sexual, incluida la experiencia del coito. Estos datos resultan de gran interés porque permiten estimar el potencial de riesgo entre las personas adolescentes sexualmente activas. En primer lugar, la media de edad del inicio de la actividad coital se puede estimar en torno a los 17,5 años. El último informe sobre la juventud en España (INJUVE, 2000) indica que la media de edad es de 17,4 años para los chicos y de 18,8 años para las chicas. Este informe constata que el inicio de la actividad sexual coital se ha adelantando en aproximadamente cuatro décimas respecto a los datos del año 1995 cuyas edades medias fueron de 17,8 años para los chicos y 18,4 para las chicas. Tal información indica que, aunque las mujeres alcanzan la madurez sexual antes que los hombres, son éstos los que se inician antes en la experiencia sexual coital (Espada, Quiles, y Méndez, 2003; Fuertes, Soriano, y Martínez, 1995; INJUVE, 2000). Estos datos no parecen diferir de los hallados en el conjunto de los jóvenes europeos (Lagrange y Lhomond, 1997; Weinberg, Lottes, y Aveline, 1998).

Estas son las medias estimadas de edad de inicio de la actividad coital, pero ¿cuál es la proporción de adolescentes que están en este nivel? El informe sobre la Juventud en España indica que el 34% de los chicos y el 26% de las chicas de edades comprendidas entre 16 y 19 años y el 73% de los chicos y el 57% de las chicas entre 20 y 24 años, poseen experiencia sexual coital. Estos datos coinciden en gran medida con los aportados por el estudio asturiano. Los datos de nuestra muestra de adolescentes vascos, confirman estas proporciones en personas menores de 20 años con experiencia de coito: 34% de los chicos, frente al 35% de las chicas. Sin embargo, obsérvese que el porcentaje de las chicas es ligeramente superior al de los chicos. Los datos del Instituto de la juventud de España también señalan la tendencia al avance en la experiencia sexual de las chicas. Según los datos aportados, en el año 1996 tenían relaciones sexuales coitales el 50% de los chicos frente al 35% de las chicas (entre 18 y 20

años. En el 2000 no vario el porcentaje de los chicos, sin embargo, el de las chicas se incrementó en 7 puntos porcentuales. Estos datos podrían estar indicando la paulatina equiparación del perfil de comportamiento sexual entre hombres y mujeres, por lo menos en algunos aspectos. El adelanto de la edad en el inicio de la actividad coital incide, como era de esperar, en el aumento de la proporción de adolescentes que mantienen relaciones sexuales coitales.

En relación con las parejas con las que las personas adolescentes mantienen relaciones sexuales, los datos disponibles de las diferentes investigaciones indican que los chicos tienden a iniciarse con chicas más jóvenes que ellos (58%), de edades comprendidas entre 14 y 18 años, mientras que las chicas las tendrían con chicos mayores que ellas (57%) con jóvenes de 20 o más años (INJUVE, 2000). Las motivaciones que llevan a la experiencia sexual son diferentes entre chicos y chicas. Ellas asocian la experiencia erótica compartida a sentimientos afectivos como el amor, el enamoramiento y la vinculación afectiva, mientras que los chicos lo relacionan con el placer obtenido de la satisfacción del deseo erótico en sí mismo (Martínez, 2000). Esta disparidad parece estar muy arraigada en las diferencias genéricas entre mujeres y hombres, porque se corroboran en todos los estudios hechos en relación con el comportamiento sexual, a lo largo de los años, desde la investigación de Malo de Molina (1992) realizada en el año 1986, hasta la mas reciente del INJUVE (Espada et al., 2003; Gómez-Zapiain, 1993; INJUVE, 2000; A. Oliva et al., 1993). En este sentido Oliva y colaboradores encontraron que el 87% de las chicas dijeron que necesitaban querer a la persona con la que tenían relaciones sexuales, frente a un 40.6% de los chicos.

No existen demasiados estudios acerca del comportamiento homosexual en la adolescencia. En una primera aproximación debemos discriminar aquellos comportamientos de tipo exploratorio en las primeras edades, de aquellos que denotan la futura orientación sexual (Fuertes et al., 1995). Aproximadamente un 15% de los chicos y un 10% de las chicas afirman haber tenido alguno tipo de experiencia erótica con personas de su mismo sexo. Sin embargo, un 3% de los chicos y un 2% de las chicas afirman tener relaciones homosexuales exclusivas (A. Oliva et al., 1993). En cualquier caso los datos acerca de la homosexualidad deben ser estimados con cautela, puesto que en una sociedad todavía bastante homófoba, la variable "deseabilidad social" sin duda mediatiza las respuestas. En la medida en que la sociedad aumenta la tolerancia hacia la homosexualidad, puede que las personas puedan expresarse con mayor libertad. En este sentido datos más recientes, provenientes de los estudios de Asturias y el País Vasco, situarían el porcentaje en torno a un 9%, algo inferior en mujeres.

Veamos a continuación algunos datos de interés en relación con los comportamientos de riesgo. Hemos visto cómo el nivel de experiencia sexual en los adolescentes es una cuestión relevante en la medida en que implica a una parte importante de esta población. Podemos calcular, *grosso modo*, que la tercera parte de los y las adolescentes tienen experiencia sexual coital. Si a esta proporción le añadimos aquellas personas que se encuentran en el segundo nivel de experiencia sexual, es decir, intimidades próximas al coito pero sin llegar a él, nos encontraríamos ante más de la mitad de los adolescentes entre 16 y 20 años, situados en un nivel considerable de experiencia sexual. Haciendo una lectura positiva de esta realidad diríamos que estos datos responden a la evolución natural del desarrollo de los adolescentes. Sin embargo, a tenor de los riesgos conocidos en relación al comportamiento sexual, debemos valorar los comportamientos de riesgo asociados al mismo. Estos pueden ser de varios tipos: a) Riesgos de tipo psicológico, relacionados con malas experiencias, experiencias desagradables asociadas a emociones negativas debidas a relaciones sexuales forzadas, inesperadas, violentas, etc. b) Riesgos asociados a embarazos que no se desean, cuya consecuencia puede ser la maternidad

prematura o el aborto voluntario. c) Riesgos de contagio de enfermedades de transmisión sexual, sida incluido.

Dada la importancia que el sida ha tenido como riesgo fundamental en la sexualidad de los adolescentes, el riesgo de experiencias psicológicamente perturbadoras no ha sido convenientemente atendido, por ello no se dispone de datos suficientes. No siempre la experiencia erótica es vivida de manera satisfactoria. Actitudes fuertemente sexistas por parte de los chicos, y de una cierta dependencia por partes de las chicas harían que éstas fuesen más vulnerables a relaciones sexuales forzadas, abusos, acosos y agresiones que se deberían considerar dentro del capítulo de los riesgos.

Una de las variables más estudiadas ha sido el uso de medidas de protección: El uso del preservativo y de métodos anticonceptivos. Como es lógico, la situación ideal es que toda persona que decida incluir en su biografía la experiencia del coito, pueda planificar tal evento para, en consecuencia, adoptar las medidas necesarias de protección. Sin embargo, tal situación parece ser utópica si nos atenemos a algunos datos. Oliva y colaboradores encontraron que para el 63% de los adolescentes el primer coito no fue planificado (Oliva, Serra, y Vallejo, 1997). En relación con la actividad sexual actual, analizados los principales estudios, se puede estimar que aproximadamente el 20% de los adolescentes sexualmente activos no utilizan medidas fiables de protección. Este porcentaje nos estaría indicando, *grosso modo*, la población en riesgo de personas adolescentes sexualmente activas; lógicamente esta cifra hay que tomarla con todas las reservas. Así el INJUVE, en su estudio del año 2000, informa que el 83% de las personas menores de 20 años utilizaban métodos fiables, datos que concuerdan con los nuestros sobre una población de adolescentes vascos. La muestra asturiana arroja un porcentaje ligeramente inferior (73.8%). Este estudio también indica que el uso de medidas preventivas en la iniciación de la experiencia coital tiende a estabilizarse, sobre todo entre los más jóvenes. Uno de los motivos para no utilizar preservativo más frecuentemente citado, es el no tenerlo en el momento oportuno. Por el contrario, evitar el embarazo no deseado fue el motivo más citado para usarlo, en personas que disponen de pareja estable. La prevención del sida es el motivo más importante en personas que no tienen pareja estable, siendo las personas más jóvenes las que estarían en esta situación.

Estas cifras nos indican el potencial de riesgo que deberíamos confrontar con el efecto real del mismo. Analicemos en primer lugar la cuestión de los embarazos no deseados. Nuevamente subrayaremos la dificultad que existe para la obtención de datos fidedignos y reales de este hecho, no obstante aportaremos algunos. La tasa de embarazo en mujeres entre 15 y 19 años en España fue de 17,92 (por mil) en el año 2001, según el I.N.E. (Instituto Nacional de Estadística). Esta cifra en sí misma no dice demasiado, pero si observamos la evolución en los diez años anteriores al último estudio, la información es mucho más expresiva. En el año 1990 la tasa de embarazo fue de 15,07, en 1995 fue de 12,10, en 1999 fue de 15,12 y a partir de este año la cifra se dispara al 17,92 en el año 2001. Por otro lado la tasa de abortos voluntarios fue de 3,12 en el año 1990 frente a 5,71 en el año 1998 (Fuente: Ministerio de Sanidad y Consumo, 1999).

Según el informe presentado ante los medios de comunicación en julio de 2004, Margarita Delgado, demógrafa del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, afirmó que el porcentaje de embarazos no deseados en mujeres menores de edad ha variado del 86,98% en el año 1990 al 96,60% en el 2001. La proporción de abortos voluntarios respecto a los embarazos producidos ha variado del 20,44% en 1990 al 45,2% en el 2001. Como indican los datos, se puede constatar la tendencia al aumento de los embarazos en mujeres entre 15 y 19

años, prácticamente la totalidad no son deseados y se interrumpen voluntariamente casi la mitad de los que se producen. Conviene prestar atención a la otra mitad que constituye las maternidades adolescentes no deseadas, en relación a los riesgos tanto para las madres como para los hijos (Carpintero, 1995).

La aparición de la llamada “píldora del día después” y su uso que tiende a generalizarse, puede influir en la deceleración de la tasa de embarazos. Sin embargo, la utilización de este recurso como un método anticonceptivo más, denotaría una clara deficiencia en los aspectos de la educación sexual, más próximos a la educación para la salud.

En relación con el sida, los casos acumulados de contagio en personas de 15 a 20 años, desde 1980 hasta 2000, fueron 714 de los cuales 532 fueron chicos mientras que 182 fueron mujeres. El contagio por relaciones heterosexuales afectó a 11 chicos frente a 24 chicas. Hubo 6 chicos contagiados por relaciones homosexuales. El contagio por drogadicción parenteral afectó a 195 chicos frente a 67 chicas. Se observa un máximo de mortandad entre los años 1990 y 1996. A partir de ese año el número de muertes decreció considerablemente (Fuente: Registro Nacional del Sida). Según los datos aportados por el INJUVE, a partir de datos de Vigilancia Epidemiológica del Sida en España, el número de casos de infecciones por debajo de 24 años, tiende a disminuir.

En resumen:

- 1.- Tiende a disminuir la edad de las primeras relaciones sexuales.
- 2.- Tiende a aumentar la proporción de adolescentes por debajo de 20 años que tienen relaciones sexuales coitales. Este aumento parece ser moderado en los hombres y más pronunciado en las mujeres, lo cual indicaría que los perfiles de actividad sexual entre mujeres y hombres podrían estar equiparándose en algunos aspectos.
- 3.- Los chicos se muestran más activos que las chicas, tienen la primera relación coital antes que ellas, tienen mayor variedad de conductas y con más parejas.
- 4.- Las chicas tienden a valorar más las experiencias eróticas en un contexto afectivo de intimidad y con una cierta previsión de compromiso, mientras que los chicos tienden a vivirlas más como una forma de iniciación en la experiencia erótica, desvinculándola de otro tipo de motivos. Estas diferencias parecen mantenerse en el tiempo.
- 5.- Se podría estimar que aproximadamente una quinta parte de las personas adolescentes sexualmente activas estaría en una situación potencial de riesgo, por no usar medidas de protección, o hacerlo deficientemente.
- 6.- Tiende a aumentar el número de embarazos en mujeres menores de edad y también la proporción de abortos voluntarios en relación con los embarazos que se producen. Sin embargo, tiende a disminuir el número de casos de infección de VIH entre las personas más jóvenes, aunque los expertos temen un posible repunte debido a la relajación que puede ocasionar el éxito relativo en el control de la enfermedad.
- 7.- Todo parece indicar que la experiencia erótica en la adolescencia forma parte del desarrollo personal, por tanto juega un papel relevante en el crecimiento personal. Sin embargo se debería abordar la prevención de los riesgos con mayor decisión, transparencia y realismo.
- 8.- Conociendo a grandes rasgos los perfiles del comportamiento sexual y su evolución cronológica, la educación sexual debería adecuarse a las edades y anticiparse a las situaciones de riesgo. Dadas las dificultades del sistema educativo para instaurarla de manera general y estable, la educación sexual llega a la población adolescente, de manera parcial, insuficiente, sin duda filtrada y generalmente tarde.

Referencias

- Bartholomew, K. (1997). Adult attachment processes: Individual and couple perspectives. *British Journal of Medical Psychology*, 70(3), 249-263.
- Carpintero, E. (1995). El problema del embarazo no deseado en la adolescencia. En F. López (Ed.), *Educación sexual de adolescentes y jóvenes*. Madrid: Siglo XXI.
- Espada, J. P., Quiles, M. J. y Méndez, F. J. (2003). Conductas sexuales de riesgo y prevención del sida en la adolescencia. *Papeles del Psicólogo*(85), 29-36.
- Fernández del Valle, J., Bravo Arteaga, A., García Ruíz, M. y Uría Urraza, M. (2003). *Estudio sobre el comportamiento y las actitudes sexuales en la juventud asturiana*. Oviedo: Departamento de Psicología. Universidad de Oviedo.
- Frijda, N. (1994). Emotions are functional, most of the time. En P. Ekman y R. J. Davidson (Eds.), *The natura of emotion*. Oxford: Oxford University Press.
- Fuertes, A., Soriano, S. y Martínez, J. L. (1995). La sexualidad en la adolescencia. En F. López (Ed.), *Educación sexual de adolescentes y jóvenes*. Madrid: Siglo XXI.
- García Blanco, J. (1994). *Sexualidad y adolescencia*. Valencia: Promolibro.
- Gómez-Zapiain, J. (1997). El deseo sexual como emoción. En J. Gómez Zapiain (Ed.), *Avances en sexología* (pp. 21). Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Gómez-Zapiain, J. (1993). *Riesgo de embarazo no deseado en la adolescencia y juventud*. Vitoria-Gasteiz: Emakunde / Instituto Vasco de la Mujer.
- INJUVE. (2000). *Informe de la Juventud en España*. Madrid: Instituto de la Juventud de España.
- Lagrange, H. y Lhomond, B. (1997). *L'entrée dans la sexualité. Le comportement des jeunes dans le contexte du sida*. Paris: Éditions La Découverte.
- Levine, S. B. (1988). Intrapsychic and individual aspects of sexual desire. En S. L. Leiblum y R. C. Rosen (Eds.), *Sexual desire disorder*. New York: Guilford Press.
- López, F. (1999). Evolución del apego desde la adolescencia hasta la muerte. En F. López, I. Etxebarria, M. J. Fuentes y M. J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social*. Madrid: Pirámide.
- Malo de Molina, C. (1992). *Los españoles y la sexualidad*. Madrid: Temas de hoy.
- Martínez, J. L. (2000). Experiencias heterosexuales en la adolescencia: Implicaciones para la educación sexual. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 53(1), 191-209.
- Money, J. y Ehrhardt, A. E. (1982). *Desarrollo de la sexualidad humana. Diferenciación y dimorfismo en la identidad de género*. Madrid: Morata.
- Oliva, A., Serra, L. y Vallejo, R. (1993). *Conducta sexual y contraceptiva entre jóvenes andaluces. Estudio cuantitativo*. Sevilla: Junta de Andalucía.
- Oliva, A., Serra, L. y Vallejo, R. (1997). Patrones de comportamiento sexual y contraceptivo en la adolescencia. / Patterns of sexual and contraceptive behaviour in adolescence. *Infancia y Aprendizaje*(77), 19-34.
- Ortiz, M. J., Gómez-Zapiain, J. y Apodaka, P. (2002). Apego y satisfacción afectivo sexual en la pareja. *Psicothema*, 14(2), 469-475.
- Schofield, N. (1965). *The sexual behaviour of young people*. London: Longman.
- Weinberg, M. S., Lottes, I. L. y Aveline, D. (1998). AIDS risk reduction strategies among United States and Swedish heterosexual university students. *Archives of sexual behavior*, 27(4), 385-401.